Cuando los pétalos caen

Kella Foster

CUANDO LOS PÉTALOS CAEN

KELLA FOSTER

Capítulo I

SLOANE

Sloane Merritt llevaba dieciséis horas dentro del hospital y su cuerpo lo sabía mejor que ella misma. Las plantas de los pies le ardían a través de los zuecos, tenía las cervicales agarrotadas como si alguien hubiera apretado un tornillo en la base del cráneo y el bolsillo derecho de su bata blanca pesaba el doble de lo normal porque seguía cargando la tableta con los informes de cuatro pacientes que todavía no había terminado de firmar. Eso sin contar el bíper, que había sonado trece veces en las últimas dos horas, aunque las últimas tres habían sido falsas alarmas del sistema.

Residencia en Medicina Interna, tercer año. La gente de fuera lo veía como algo glorioso. Dentro, era simplemente supervivencia.

Salió por la puerta lateral del Swedish Medical Center con la chaqueta vaquera medio puesta, luchando con la manga derecha mientras caminaba, porque detenerse a vestirse le parecía un lujo innecesario cuando el aparcamiento estaba a cincuenta metros y el viento de noviembre en Seattle cortaba como bisturí. Esa llovizna fina y persistente que no llega a ser lluvia del todo, esa que la gente de fuera del estado no entiende porque no llegas a mojarte del todo pero acabas empapada, le pegó en la cara en cuanto dobló la esquina.

Bufó.

No llevaba paraguas. Nunca llevaba paraguas. Tres años viviendo en Seattle y seguía sin aprender.

El camino desde el hospital hasta su apartamento en Capitol Hill eran veinte minutos a pie si cogía el atajo por Pike Street, y Sloane lo cogía casi siempre. Le gustaba ese trayecto aunque no lo reconocería en voz alta porque le daba vergüenza admitir que necesitaba el aire aunque fuera húmedo, que necesitaba el ruido de

la ciudad aunque fuera el chirrido del tranvía o las conversaciones en voz alta de la gente que salía de los bares del Pike Place Market. Le daba perspectiva. Le recordaba que el mundo existía fuera de las plantas cuarta y quinta del Swedish.

Esa noche, sin embargo, el atajo no salió como tenía previsto.

Lo vio desde el otro lado de la calle.

El local llevaba ahí siempre, eso lo sabía, pero nunca le había prestado atención porque siempre lo cruzaba a buena marcha y con los oídos tapados por los auriculares. Ahora, sin auriculares porque los había dejado en la taquilla del hospital como una idiota, oyó el ruido antes de ver nada: el golpe seco de algo cayendo, un taco en voz baja, y luego el tintineo de cristales rompiéndose.

Se detuvo.

El local se llamaba Wilder & Bloom, según el letrero de madera oscura sobre el escaparate. Una floristería. El escaparate tenía luz cálida, de la de bombillas filamento, y a través del cristal se veían jarrones de distintas alturas, ramas de eucalipto colgadas del techo y algo que parecía un expositor de flores secas en tonos burdeos y mostaza. Era un sitio bonito, de esos que en otro momento de su vida habrían hecho que Sloane entrara solo para mirar.

Pero lo que la hizo cruzar la calle fue el hombre que estaba en el suelo justo fuera de la puerta lateral del local, rodeado de cristales rotos y con la mano derecha apretada contra el pecho.

—Oye. —Sloane ya estaba agachándose antes de terminar la frase—. ¿Estás bien? Déjame ver.

—Estoy bien. —La voz sonó irritada, no hacia ella sino hacia la situación—. Ha sido el jarrón de la entrada, se ha resbalado del soporte y he intentado sujetarlo y—

—Dame la mano.

El hombre la miró por primera vez. Sloane lo vio parpadear, ese parpadeo de quien no espera que alguien le dé una orden

directa en la calle a las once de la noche.

Tenía los ojos de un marrón muy oscuro, casi negro, y el pelo negro también, revuelto, con un mechón que le caía sobre la frente. Rondaba los treinta, quizás un poco más, y llevaba un delantal de cuero encima de la camiseta, lo cual explicaba por qué estaba en la puerta trasera de una floristería a esas horas. Tenía la mandíbula cubierta de una barba de varios días y un corte en la palma de la mano derecha que sangraba con alegría.

—La mano —repitió Sloane—. Ahora.

Él obedeció.

Sloane la cogió y la examinó con la linterna del móvil que sacó del bolsillo de la chaqueta. El corte era limpio, de unos cuatro centímetros, bastante superficial aunque el sangrado daba el espectáculo habitual. No iba a necesitar puntos, pero sí limpieza y algo con qué taparlo.

—¿Tienes botiquín dentro?

—En la trastienda.

—Levanta. Con cuidado de dónde pisas, hay cristales por todos lados.

Él se levantó. Era alto, bastante más que ella, lo cual no era difícil porque Sloane medía metro sesenta y dos y llevaba zuecos planos, pero aun así. Se limpió los pantalones con la mano buena y la miró con una expresión que mezclaba la incomodidad de quien acaba de hacer el ridículo con algo parecido a la curiosidad.

—No hacía falta que...

—El botiquín —dijo Sloane—. Venga.

La trastienda de Wilder & Bloom olía a tierra mojada, a tallos recién cortados y a algo dulce que Sloane tardó unos segundos en identificar como jazmín. Había cubos de plástico negro en el suelo llenos de flores en agua, una mesa de trabajo larga de madera oscura manchada de tierra y salvia, tijeras de distintos tamaños

colgadas en un panel de madera en la pared y, en una repisa del fondo, un botiquín de metal verde que claramente llevaba años en ese sitio.

El hombre lo bajó con la mano izquierda, torpe, y lo abrió sobre la mesa. Dentro había lo básico: gasas, esparadrapo, agua oxigenada, un par de apósitos adhesivos.

—Suficiente. —Sloane se lavó las manos en el fregadero que había en el rincón, cogió las gasas y se puso a trabajar—. Esto va a escocer.

—Puedo hacerlo yo.

—Sí, con la mano izquierda en la oscuridad. Claro. —Le limpió el corte con agua oxigenada sin apartar los ojos de la herida—. ¿Cómo te llamas?

Hubo una pausa breve.

—Cael. Cael Wilder.

—Como el local.

—Era de mi abuelo. Ahora es mío. —Otra pausa—. ¿Y tú?

—Sloane Merritt.

—¿Eres médico?

—Residente. Tercer año. —Colocó el apósito con más cuidado del estrictamente necesario—. Swedish Medical, Medicina Interna.

—Vaya. —Cael bajó la vista hacia su mano vendada y luego la levantó hacia ella—. ¿Y qué hace una residente de tercer año en esta calle a las once de la noche?

—Intentar llegar a casa antes de que la lluvia decida volverse seria. —Sloane cerró el botiquín y se limpió las manos en el papel de cocina que había al lado del fregadero—. El apósito aguantará hasta mañana. Pásate por urgencias si la zona se pone roja o empieza a supurar, aunque no creo que sea necesario. Es superficial.

—Gracias. —Lo dijo despacio, como si buscara las palabras adecuadas—. En serio. Ha sido muy amable de tu parte.

Sloane se puso la chaqueta, que se le había escurrido de los hombros mientras trabajaba.

—No tiene mérito. Eres mi paciente accidental más sencillo del día.

Una comisura de su boca subió un milímetro.

—¿Cuántos pacientes accidentales sueles tener?

—Esta semana, tres. Tú eres el único que no estaba en mi turno. —Cogió el bolso del suelo, donde lo había dejado al agacharse, y se dirigió a la puerta—. Que te mejores, Cael Wilder.

—Que llegues a casa antes de la lluvia, Sloane Merritt.

Ella ya estaba en el callejón cuando se volvió un segundo, sin saber bien por qué.

Él seguía en el umbral, con la mano vendada colgando al costado y esa media sonrisa que no llegaba a ser una sonrisa del todo, mirándola marchar con los ojos oscuros entornados.

Sloane se dio la vuelta y siguió caminando.

Llovió de verdad a los cuatro minutos.

Capítulo II

CAEL

Cael pasó los tres días siguientes pensando en sus flores. Eso era lo normal. Pensar en flores era lo que hacía casi todo el tiempo, en la tienda, fuera de la tienda, mientras comía o mientras intentaba dormir. Qué había encargado, qué le faltaba, qué combinación de colores pedía el evento del sábado, si los tulipanes llegarían en buenas condiciones desde el proveedor de Puyallup o si volvería a tener el problema del mes anterior con las rosas spray.

Lo que no era normal era que cada vez que miraba el apósito de la mano —que cambió él mismo la mañana siguiente, porque no tenía ninguna intención de ir a urgencias por una tontería— pensara en la mujer que lo había puesto.

Sloane Merritt tenía las manos muy seguras. Eso lo había notado nada más cogerle la palma. No había dudado, no había hecho esos aspavientos que hace la gente cuando ve sangre. Le había limpiado el corte con la misma concentración que probablemente ponía en cosas mucho más serias y lo había mirado exactamente dos veces durante todo el proceso: una cuando le preguntó el nombre, y otra cuando terminó, antes de marcharse.

Tenía los ojos de un verde grisáceo raro, del color de la bahía de Elliott cuando está cubierta de nubes. El pelo oscuro, liso, recogido en una coleta que se había ido deshaciendo durante el día. Cara cansada pero alerta, de esas caras que han aprendido a funcionar con menos de lo necesario y ya ni lo piensan. Y una manera de moverse directa, sin rodeos, que Cael encontraba desconcertantemente cómoda.

No la había vuelto a ver. No tenía por qué haberla vuelto a ver, evidentemente. Seattle no era un pueblo.

El jueves por la mañana abrió la tienda a las ocho y cuarto, veinte minutos antes de lo habitual porque el pedido de ranúnculos llegaba a las nueve y quería tenerlo todo preparado. Encendió las luces, retiró el cartel de cerrado, puso la Bluetooth a media voz con algo de Norah Jones que le había recomendado su madre hacía años y que seguía siendo lo mejor para empezar el día, y se puso a reorganizar el expositor de la entrada que había quedado medio vacío después del accidente del miércoles.

El jarrón que se había roto era de cerámica azul marino, uno de los cuatro que tenía en la entrada y que había comprado en un mercado de artesanía en Fremont. No era reemplazable, exactamente, pero tenía dos de color verde botella que podían funcionar. Los colocó con manos agiles, dos ramas de eucalipto, tres tallos de protea rosa que habían sobrado del encargo anterior, y un manojo de anemonas blancas que había llegado ese lunes y que estaban en su punto.

Sonó la campanilla de la puerta.

—Buenos días. —Cael levantó la vista—. Enseguida te atiendo.

—No tengo prisa.

Se quedó quieto.

Sloane Merritt estaba en la puerta de su tienda con un chaquetón azul marino, una bufanda de lana en color crema enrollada dos veces alrededor del cuello y el pelo suelto esta vez, cayéndole por los hombros. No llevaba la bata blanca. Tenía mejor cara que el miércoles, lo cual quería decir que había dormido algo, y miraba el interior de la tienda con la misma concentración evaluativa con la que la noche anterior lo había mirado a él.

—Hola —dijo Cael.

—Hola. —Ella recorrió con la mirada las flores del expositor, los jarrones de la entrada, las ramas del techo—. Es bonito esto.

—Gracias. —Dejó las proteas donde estaban y se limpió las manos en el delantal—. ¿Cómo está tu mano?

Él la levantó. El apósito que él mismo había puesto era menos presentable que el de ella, pero la herida estaba bien.

—Bien. Sin complicaciones. —Sloane se acercó al expositor con las manos metidas en los bolsillos del chaquetón—. Pasaba por aquí. He tenido guardia nocturna y salgo ahora.

—¿Comes algo?

Ella lo miró, y Cael entendió que la pregunta había salido demasiado rápido, demasiado directo.

—Quiero decir que hay una panadería a dos puertas que hace los mejores rolls de canela de Capitol Hill. Si no has comido. —Hizo una pausa—. Que probablemente no has comido.

Sloane consideró eso unos segundos.

—¿Cierras en algún momento antes del mediodía?

—A las once y media tengo que ir al mercado, pero ahora no hay prisa.

—Hay prisa. Llevo diecisiete horas en pie y necesito algo con azúcar o me va a dar algo.

Cael se quitó el delantal, lo dejó en el gancho de la trastienda y cogió las llaves.

—Vamos.

La panadería se llamaba Morning Fern y era exactamente lo que Cael había descrito: pequeña, siempre con olor a mantequilla caliente, con cuatro mesas de madera junto a la ventana y una cola que a esa hora era de tres personas. Pidieron en la barra —rolls de canela para los dos y un americano largo para él, un té negro para ella, sin azúcar, lo cual confirmó que Sloane Merritt no hacía nada a medias porque el té negro sin azúcar a las ocho de la mañana después de una guardia nocturna era de una austeridad que Cael

encontraba casi heroica—, y se sentaron en la mesa del fondo porque la de la ventana estaba ocupada por una pareja con un niño pequeño que estaba reorganizando activamente las servilletas.

—¿Vives cerca? —preguntó Cael.

—En Belmont. Diez minutos andando. —Sloane rodeó el vaso de té con las dos manos—. Cuando me lo puedo permitir cojo el tranvía pero últimamente me faltan los tiempos para cogerte un horario de paso.

—¿Cuánto tiempo llevas en el Swedish?

—Tres años de residencia. Antes estuve dos en Chicago haciendo el MIR, bueno, el equivalente americano. Y antes la facultad en San Francisco, en la UCSF. —Le dio un mordisco al roll y cerró los ojos medio segundo—. Dios, esto está muy bueno.

—Te lo dije.

—Lo has dicho con mucha suficiencia, ¿sabes?

—He dicho «te lo dije». En tono neutro.

—Tu tono neutro tiene bastante suficiencia incorporada.

Cael sonrió, y fue una sonrisa amplia, de las que no planea, y Sloane lo miró con algo entre la sorpresa y la evaluación, como si no hubiera esperado ese cambio de registro.

—¿Y tú? —preguntó ella—. ¿Siempre has tenido la floristería?

—La tienda la abrió mi abuelo en 1987. Mi madre trabajó en ella hasta que se casó y se mudó a Portland. Yo estuve un tiempo en otras cosas, pero volví hace cuatro años y me quedé.

—¿Qué otras cosas?

—Diseño gráfico. Estudié diseño en la UW y trabajé tres años en un estudio aquí en Seattle. —Bebió el café—. No era mío. La floristería sí.

Sloane lo miró de una manera directa, posiblemente interesada aunque no dejó de masticar.

—¿Qué significa Wilder? Tu apellido.

—No lo sé. Pregúntaselo a mis bisabuelos alemanes.

—Los tuyos eran alemanes. Los míos eran de Irlanda y de Carolina del Norte, lo que explica que me llame Sloane y que odie el frío pero viva en Seattle.

—¿Por qué Seattle entonces?

—Por el Swedish. Es uno de los mejores programas de Medicina Interna del noroeste. —Se terminó el roll y miró el plato como si estuviera considerando si pedir otro—. Y porque la ciudad me gustó cuando vine de visita. Hay algo en cómo huele Seattle. A pino y a sal y a lluvia. No huele a nada artificial.

—La gente que viene de fuera siempre dice eso.

—¿Y la gente de aquí?

—La gente de aquí ya no huele nada. —Señaló el plato—. ¿Quieres otro?

—No puedo. Me voy a quedar dormida en la silla.

—Entonces te acompaño a la parada del tranvía.

Sloane recogió la bufanda del respaldo de la silla y lo miró.

—¿Sabes que eso ha sonado muy de otra época?

—Mi abuelo me enseñó a hacer ramos de flores y a acompañar a la gente a las paradas de tranvía —sonrió—. Soy un producto de mi formación.

Ella se rió. Fue una risa breve, un poco sorprendida de sí misma, y Cael pensó que era la primera vez que la oía reírse y que era un sonido agradable, tal vez demasiado.

—Anda, venga —dijo Sloane, levantándose—. Que pierdo el tranvía.

Capítulo III

SLOANE

Seattle en noviembre era una ciudad que se ponía el abrigo de agua y decidía que así iba a estar hasta marzo, te gustase o no. Las calles del Pike Place Market tenían menos turistas y más gente de la zona, los locales de Pike Street cerraban un poco antes, y el lago Washington por las mañanas tenía esa niebla baja que lo hacía parecer sacado de otra época.

A Sloane le gustaba noviembre aunque no se lo dijera a nadie. Era el mes en que la ciudad le pertenecía un poco más.

Pasó por Wilder & Bloom el martes siguiente porque necesitaba flores. Eso era lo que se dijo a sí misma mientras bajaba por Pike Street con las manos en los bolsillos. Necesitaba flores para el apartamento porque el apartamento estaba desnudo y oscuro y ella llevaba tres meses mirando la mesita del salón vacía y pensando en que debería comprar algo que pusiera un poco de color.

No era la única razón. Pero era una razón válida.

La tienda estaba abierta. La campanilla sonó sobre su cabeza cuando entró y el olor a tierra y flores le golpeó directamente, un olor que empezaba a gustarle.

No había nadie en el mostrador.

—¡Un momento! —La voz de Cael sonó desde la trastienda.

Sloane aprovechó para mirar. La tienda era más grande de lo que había parecido desde fuera la primera noche. A la derecha había un expositor refrigerado con rosas, ranúnculos, anémonas y algo que parecía dalia pero que Sloane no habría sabido nombrar con certeza. A la izquierda, estanterías con macetas, suculentas, lirios de paz y helechos de distintos tamaños. En el centro, una mesa con cestas y composiciones ya terminadas. Del techo colgaban ramas de

eucalipto seco, lavanda atada con cordel y algunas flores secas de colores que iban del burdeos al amarillo viejo.

Era un sitio hecho con cuidado. Se notaba en cada decisión, en cómo estaba colocada cada cosa.

—Sloane. —Cael salió de la trastienda con las manos manchadas de tierra oscura y una expresión de sorpresa genuina—. Hola.

—Necesito flores —dijo ella—. Para el apartamento. No sé qué clase.

—¿Qué tienes en el apartamento?

—Una mesa de IKEA, un sofá gris, muchos libros y luz bastante escasa porque el edificio es de 1940 y las ventanas son pequeñas.

Cael asintió como si eso fuera información suficiente y completamente razonable.

—Entonces no rosas. Las rosas necesitan luz. —Se acercó al expositor de la izquierda—. ¿Tienes alergia a algo?

—No.

—¿Prefieres algo con flor o algo más verde?

—Las dos cosas si puede ser.

—¿Te gustan las flores secas?

—Me gustan mucho.

—Bien. —Cogió una planta que Sloane no reconoció, de hojas oscuras y largas con un brillo casi encerado—. Esta es una zamioculca. Sobrevive a casi todo, incluidas las personas que se olvidan de regar. —La dejó en el mostrador y fue hacia la zona de flores secas—. ¿Qué colores tienes en el salón?

—Gris, blanco y algo de madera natural.

Cael eligió sin dudarlo: flores de pampas en crema, un manojo de lavanda seca, tres tallos de eucalipto plateado, dos ramas

de lagurus, que eran esas flores de forma ovalada suave que parecen colas de ratón pero de una elegancia inesperada.

—Con el jarrón adecuado, eso va a funcionar muy bien. ¿Tienes jarrón?

—Tengo una jarra de agua que nunca uso.

Él la miró.

—¿Una jarra de agua?

—Es de cristal transparente, bastante sencilla. —Hizo una pausa—. ¿Va a funcionar?

—Va a funcionar. —Empezó a envolver las flores secas en papel de seda marrón—. ¿Cuánto riegas?

—Honestamente, cuando me acuerdo.

—Una vez a la semana la zamioculca. Más en verano, pero de momento con eso vale. El resto son secas, así que nada.

—Puedo con eso.

—Me alegra saberlo. —Ató el papel con cordel y lo dejó sobre el mostrador junto a la planta—. ¿Cómo va la guardia?

—Esta semana tengo turno de día, que es la única razón por la que son las cuatro de la tarde y estoy aquí y no dormida.

—¿Cuándo empieza la siguiente guardia nocturna?

—Jueves. Y el viernes otra vez.

—¿Seguidas?

—Es la residencia. Las guardias no preguntan si te viene bien.

Cael la miró con algo que no era exactamente lástima sino algo más parecido al reconocimiento de alguien que también ha pasado rachas en que el trabajo lo era todo.

—¿Tienes planes esta tarde?

—Dormir.

—Antes de dormir. ¿Tienes quince minutos?

—Depende de a dónde quieras llegar con eso.

Cael sonrió, fue hacia la trastienda y volvió con dos tazones de té verde en taza de cerámica gruesa azul.

—El local cierra en diez minutos. Me quedo a repasar el pedido de mañana y hay demasiado té para uno.

Sloane miró los tazones. Miró a Cael.

—Diez minutos —dijo.

—Diez minutos.

Se sentaron en los dos taburetes altos del mostrador y Sloane se quitó el chaquetón porque dentro de la tienda hacía calor, ese calor de invernadero, y Cael le preguntó por qué había elegido Medicina Interna en lugar de algo con más adrenalina, como urgencias o cirugía, y ella le explicó que la Medicina Interna era en realidad el lugar donde los problemas difíciles aterrizaban sin diagnóstico y que eso era exactamente lo que le gustaba, los rompecabezas, los casos que no encajaban, los pacientes en que todo el mundo se había rendido y ella todavía no.

—¿Y tú? —preguntó después—. ¿Por qué flores?

—Porque las flores no son falsas. —Lo dijo sin pensárselo, y luego añadió—: En diseño gráfico pasé tres años haciendo que las cosas parecieran lo que no eran. Aquí lo que ves es lo que hay.

—Eso es filosófico para ser las cuatro y cuarto de la tarde.

—El té verde me pone filosófico.

Sloane se rió otra vez, esa risa breve y fresca, y Cael pensó que le gustaba el sonido de esa risa, que era de las pocas cosas en las últimas semanas que le había gustado de verdad.

Los diez minutos se convirtieron en cuarenta.

Cuando Sloane se levantó del taburete y cogió el paquete de flores secas y la zamioculca, ya era de noche fuera y la calle brillaba con el reflejo de la lluvia en el asfalto.

—¿Qué te debo?

—Nada.

—Cael.

—La primera visita va de cortesía del establecimiento.

—Eso no es una política real.

—Lo es desde ahora mismo. —Le sostuvo la puerta—. Ten cuidado con la planta, no le gusta el frío.

—La meto en la mochila.

—Bien. Buenas noches, Sloane.

—Buenas noches.

Se fue por la calle con la zamioculca asomando por la parte de arriba de la mochila y el paquete de flores bajo el brazo, y no se volvió. Pero Cael estuvo mirando desde el escaparate hasta que la perdió de vista en la curva de Pike Street.

Luego apagó las luces y empezó a revisar el pedido de mañana.

Ranúnculos, doscientas unidades. Peonías, cien. Rosas garden, setenta y cinco.

Le costó más concentrarse de lo habitual.

Capítulo IV

SLOANE

El paciente de la cama catorce de la cuarta planta se llamaba Gerald Hutchinson, tenía setenta y dos años, venía derivado de su médico de cabecera con fiebre recurrente de origen desconocido y un cansancio que llevaba cuatro meses ignorando porque tenía cosas que hacer y el cuerpo le debía un favor.

Sloane llevaba tres días con él y todavía no había dado con la respuesta.

—Vuelvo a preguntarle por los viajes, señor Hutchinson. —Estaba sentada en la silla junto a la cama con el historial en la tableta—. ¿Seguro que no estuvo en ningún sitio fuera de Washington en los últimos seis meses?

Gerald Hutchinson la miró con la paciencia resignada de quien lleva varios días contestando las mismas preguntas.

—Doctora Merritt, ya le he dicho que no. Mi mujer y yo estuvimos en Yakima en agosto, visitando a su hermana. Yakima está en Washington.

—¿Y su mujer? ¿Tuvo ella algo parecido?

Hubo una pausa.

—Tuvo un poco de fiebre en septiembre. Dijeron que era un resfriado.

Sloane anotó eso.

—¿Tienen animales en casa, señor Hutchinson?

—Un perro. Un labrador. Doce años.

—¿Y pájaro, roedores, gato?

—Nada más. —Hizo una pausa—. Aunque hay una colonia de palomas en el tejado del edificio de enfrente. Siempre las estoy

viendo desde la ventana del salón.

Sloane levantó la vista de la tableta.

—¿Cuánto tiempo llevan ahí?

—Desde la primavera, más o menos.

Pediría la serología de Chlamydia psittaci. Probablemente no era eso, pero encajaba lo suficiente como para descartarlo.

—Voy a pedir algunas pruebas más. Estoy siguiendo una posible línea nueva. ¿Tiene alguna pregunta para mí?

—Sí. ¿Va a tardar mucho? Tengo un partido de pesca con mi hijo el sábado.

—Haré lo que pueda, señor Hutchinson.

✦ ✦ ✦

La cafetería del hospital era un sitio funcional y sencillo: mesas de fórmica blanca, sillas de plástico gris, iluminación fluorescente, máquinas de vending en la pared del fondo y una barra donde servían sopa, sándwiches y lo que el menú del día llamaba «plato caliente» con una ambigüedad que Sloane había aprendido a no investigar demasiado.

Comió a la una y cuarto con Darya Okonkwo, que era residente de segundo año y la persona más organizada que Sloane había conocido en su vida profesional. Darya tenía un sistema de codificación por colores para sus pacientes, una aplicación en el móvil para gestionar sus descansos y un ritual de meditación de cinco minutos antes de cada guardia que nunca, nunca saltaba.

Sloane la envidiaba profundamente.

—¿Qué cara es esa? —preguntó Darya, mirándola sobre la taza de sopa de tomate.

—¿Qué cara?

—Esa de que estás pensando en algo que no es el señor Hutchinson.

—Estoy pensando en el señor Hutchinson. Le voy a pedir serología de psitacosis.

—Y también estás pensando en otra cosa. Venga, que te conozco.

Sloane le dio un mordisco al sándwich de pavo.

—Hay un florista —reconoció despacio—. En Pike Street. —Hizo una pausa—. Me curó la mano, quiero decir, él fue al que yo le curé la mano. Él se cortó. Yo lo curé.

Darya parpadeó.

—Empieza otra vez.

Sloane se lo explicó. La noche del miércoles, el jarrón roto, el botiquín en la trastienda, la panadería, el té verde del martes.

Darya escuchó sin interrumpir, que era uno de sus dones principales. Eso mismo si lo hubiera intentando con su madre hubiera sido misión imposible.

—¿Es guapo?

—Eso no es relevante.

—Siempre es relevante.

—Es... sí. —Sloane lo dijo como quien admite algo que preferiría no admitir—. Tiene esos ojos muy oscuros y es bastante alto y tiene una manera de hablar que ufff, no sé...

—Dios mío. —Darya apoyó el codo en la mesa—. Ya estás perdida.

—Estoy en tercer año de residencia. No puedo estar perdida. No tengo tiempo.

—El tiempo no tiene nada que ver con esto.

—Darya.

—Sloane.

Se miraron. Sloane se terminó el sándwich.

—No sé si voy a volver —dijo al final—. No sé si tiene sentido.

—¿Te has preguntado si tiene sentido no volver?

—Eso no es una pregunta, eso es una trampa retórica.

—Lo sé. —Darya se levantó con la bandeja—. Voy a buscar más sopa. Piénsatelo.

Sloane se quedó sola en la mesa con el zumo de naranja que no había tocado y el pensamiento de que había cuarenta y siete cosas más urgentes en las que debería estar pensando.

Pensó en los ojos oscuros de Cael Wilder y en la manera en que había elegido las flores secas sin dudar, con esa seguridad tranquila de quien conoce bien lo que tiene entre manos.

Cuarenta y ocho cosas urgentes.

Capítulo V

SLOANE

El sábado sin guardia era una rareza que Sloane manejaba con la torpeza de quien no sabe qué hacer con un regalo inesperado. Sabía, en teoría, que existían los sábados sin guardia. Que otras personas los usaban para hacer cosas. Salir, comer, ver una película, caminar sin ir a ningún sitio concreto.

Ella normalmente dormía hasta mediodía, comía lo que hubiera en la nevera sin mirarla demasiado y luego abría el portátil para ponerse al día con literatura médica o con los informes que arrastraba de la semana.

Este sábado de finales de noviembre hizo las primeras dos cosas y luego, a la una del mediodía, en lugar de abrir el portátil, se puso las zapatillas, la chaqueta y salió a la calle.

No tenía un plan concreto.

Bueno. Sí lo tenía. Pero no quería llamarlo plan porque llamarlo plan implicaba que había pensado en ello, y reconocer que había pensado en ello implicaba admitir cosas que todavía no estaba segura de querer admitir.

Wilder & Bloom los sábados abría a las nueve y cerraba a las tres. Lo sabía porque había visto el horario en la puerta el martes.

Era la una y doce.

Entró con la campanilla sonando sobre su cabeza y encontró la tienda llena de gente, que era algo que no había visto en las visitas anteriores. Tres mujeres mirando el expositor de flores cortadas, un hombre joven con un bebé en el portabebés consultando algo en el móvil y señalando plantas, y una pareja mayor eligiendo en el mostrador refrigerado mientras Cael los atendía.

Cael la vio entrar. Le hizo un gesto breve con la cabeza, de reconocimiento, y siguió con los clientes.

Sloane decidió mirar.

Nunca había estado en una floristería con tiempo y sin prisa, y resultó ser una experiencia más agradable de lo que habría supuesto. Las dalias del expositor refrigerado eran de un color vino tinto tan saturado que parecían pintadas. Los ranúnculos eran blancos con el centro crema, con esos pétalos apilados que parecen papel de seda. Había gladiolos de color melocotón, lirios de agua, anémonas azul marino con el centro negro.

Era un sitio muy bonito.

—¿Te ayudo? —Una chica joven, de unos diecinueve o veinte años, pelo castaño rizado y un delantal igual al de Cael, apareció a su lado.

—Solo estoy mirando, gracias.

—Pues mira lo que quieras. —Sonrió—. Soy Waverly, si necesitas algo.

—Sloane.

Waverly asintió y se fue a ayudar al hombre del bebé con la selección de plantas.

Sloane terminó delante del expositor de flores secas, que era el rincón que más le gustaba de la tienda. Había un ramo grande de pampas blancas en un jarrón de terracota, varios manojos de lavanda atados con cordel de rafia, flores de maíz secas en azul y burdeos, hojas de magnolia secas de un marrón dorado.

—Los sábados son así. —Cael llegó a su lado cuando la pareja mayor se marchó con una caja envuelta en papel kraft—. Hasta las dos y cuarto hay movimiento.

—No sabía que tenías ayuda.

—Waverly lleva un año. Es buena. —Miró el expositor de flores secas junto a ella—. ¿Qué te falta en el apartamento?

—Nada. Las flores están muy bien. —Hizo una pausa—. He venido sin motivo especial.

Cael la miró. No dijo nada, pero en su expresión había algo que Sloane podría haber llamado satisfacción si hubiera querido usar esa palabra. Si hubiera querido y no quería.

—¿Has comido? —preguntó él.

—Sí.

—¿Bien?

—Un sándwich de crema de cacahuete. Solo.

—Eso no cuenta.

—Nutritivamente sí cuenta.

—Cierro a las tres. —Cael se cruzó de brazos y la miró con la paciencia de alguien que ya sabe cómo va a terminar esta conversación—. Si tienes el resto del día libre, podrías esperar. Conozco un sitio en Pike Place que tiene chowder de almejas que es exactamente lo que necesitas un sábado de noviembre.

Sloane consideró eso.

—¿Chowder de almejas?

—Y pan de masa madre. Pan de verdad, no de esos panes de plástico.

—Eso es mucho condicionante para una sola frase.

—Son los mejores condicionantes.

Waverly pasó detrás de ellos con un cubo de flores, miró a Sloane y luego a Cael, y tuvo la delicadeza de no decir absolutamente nada, aunque su cara era un libro abierto.

—Espero —dijo Sloane.

✦ ✦ ✦

Pike Place Market los sábados por la tarde tenía esa energía particular de mercado que va cerrando poco a poco, con los

vendedores de flores desmantelando los últimos puestos y los pescaderos tapando el hielo. El chowder de almejas era exactamente lo que Cael había prometido: espeso, con trozos de papa y panceta ahumada y almejas de verdad, en bol de pan, con la masa madre todavía caliente.

Comieron de pie en la barra junto a la ventana con vistas a la bahía de Elliott, porque las mesas estaban llenas, y afuera los ferris cruzaban el agua gris con sus luces encendidas aunque todavía no había oscurecido del todo.

—Mi madre solía traerme aquí cuando era pequeño —dijo Cael, mirando los ferris—. Los sábados después del mercado. Siempre pedíamos lo mismo.

—¿Cuánto tiempo lleva en Portland tu madre?

—Doce años. Desde que se volvió a casar. —Lo dijo sin carga, como un dato—. Mi padrastro es buena gente. Me llevan bien.

—¿Y tu padre?

—Se fue cuando yo tenía ocho años. No tenemos contacto. —Bebió el zumo de arándano—. Y los tuyos.

—Siguen en Carolina del Norte. Greensboro. Mi madre da clases en el instituto, mi padre es contable. —Pinchó un trozo de papa—. Voy a verlos en Navidad si los turnos me lo permiten.

—¿Suelen permitirlo?

—Dos de cada tres años. El año pasado no pude ir. —Lo dijo con la calma de quien lleva tiempo reconciliado con esa realidad, aunque Cael notó algo en el tono, algo pequeño—. Mi madre lo lleva mal pero lo entiende.

—¿Tienes hermanos?

—Una hermana. Brynn. Cuatro años mayor, vive en Charlotte, tiene dos niños pequeños y una paciencia con ellos que yo no tendré nunca.

—¿No quieres hijos?

Sloane lo miró.

—Esa pregunta ha salido bastante rápido.

—Lo sé. Puedes no contestar.

—No es que no quiera. Es que ahora mismo no puedo querer nada que requiera estar presente de manera consistente. —Hizo una pausa—. ¿Tú?

—Sí. Creo que sí. Algún día.

—Algún día es una respuesta honesta.

—Más honesta que «no sé» o «ya veremos».

—Cierto.

Los dos rieron.

La bahía afuera se fue oscureciendo y las luces del mercado encendieron. Un grupo de turistas pasó detrás de ellos en dirección a la salida y alguien chocó con el codo de Sloane sin querer, empujándola hacia la barra, y Cael extendió el brazo un segundo, reflejamente, y le puso la mano en la espalda para que no perdiera el equilibrio.

Solo un segundo. Luego la apartó.

Pero ese segundo estuvo ahí.

—Perdona —dijo el turista, ya lejos.

—Sin problema —respondió Sloane, aunque el turista ya no podía oírla. Miró a Cael—. Gracias.

—De nada.

Terminaron el chowder y salieron al muelle con el viento de la bahía dándoles en la cara, frío y con olor a sal y a madera mojada. Caminaron hasta el final del muelle sin prisa y sin tener que ir a ningún sitio, y Sloane pensó que hacía mucho tiempo que no caminaba así, sin destino, sin el ritmo de urgencia que llevaba pegado a los pies desde hacía tres años.

—¿Haces esto a menudo? —preguntó.

—¿El qué?

—Invitar a gente al chowder de almejas.

Cael la miró de costado.

—No —dijo.

Hubo una pausa.

—Bien —dijo Sloane.

Y siguieron caminando.

Capítulo VI

CAEL

Diciembre llegó a Seattle con las mismas ganas de noviembre pero más luces. El Pike Place Market puso guirnaldas en los puestos del exterior, los escaparates de Pike Street se llenaron de ramas de pino y lazos rojos, y la ciudad entera pareció decidir que si iba a hacer frío igual de bien podía ser bonito.

Cael pasó la primera semana de diciembre haciendo el doble de pedidos de lo habitual. La temporada navideña era la más intensa del año en la floristería, con encargos de centros de mesa para cenas de empresa, coronas de adviento, ramos para regalo, arreglos para bodas de diciembre que siempre querían algo con acebo y piñas. Waverly trabajaba a jornada completa esas semanas y Cael llegaba a las siete de la mañana y salía cuando cerraba, a las seis.

Sloane apareció el miércoles de esa semana con una bufanda nueva, verde musgo, y cara de haber dormido menos de cinco horas. Entró, miró el caos organizado de la tienda en temporada alta con los ojos muy abiertos y dijo:

—¿Qué ha pasado aquí?

—Diciembre —respondió Cael desde detrás de un cubo con sesenta rosas rojas.

—¿Necesitas ayuda?

—¿Sabes hacer ramos?

—No tengo ni idea.

—Entonces no.

—Puedo hacer otras cosas. Atar cordeles. Etiquetar cosas. Llevar cosas de un lado a otro.

Cael asomó la cabeza por encima del cubo.

—¿No tienes guardia?

—En cuatro horas. —Sloane dejó el bolso en el mostrador y se quitó el chaquetón—. Dime qué necesitas.

Lo que necesitaba era que alguien atara etiquetas con los nombres de los pedidos a las coronas de adviento que había terminado esa mañana, y luego que las dejara en el almacén en orden de fecha de recogida. Era una tarea mecánica y completamente dentro de las posibilidades de alguien sin experiencia en floricultura, y Sloane lo hizo con la misma concentración meticulosa con que probablemente hacía todo lo demás: en silencio, rápido, sin preguntar dos veces.

—¿Has comido? —preguntó Cael sin levantar la vista del ramo que estaba armando.

—Una manzana y un yogur.

—Eso tampoco cuenta.

—¿Qué tiene que tener algo para que cuente?

—Calor y consistencia.

—Filosófico.

—Práctico. —Terminó el ramo, lo metió en el papel de envolver con movimientos precisos—. Waverly trajo tamales esta mañana. Quedan tres en el microondas de la trastienda.

—¿De verdad?

—Ve a por ellos antes de que llegue la cliente de las cuatro, que siempre se queda cuarenta minutos y no quiero que estés con hambre.

Sloane fue a la trastienda y volvió con un plato con dos tamales y un tenedor de plástico. Se los comió de pie junto al mostrador porque no había espacio en ningún otro sitio que no estuviera ocupado por flores o cajas.

—Están muy buenos —dijo.

—Waverly hace los mejores tamales de Capitol Hill.

—Tienes una empleada que hace los mejores tamales de Capitol Hill y un conocimiento geográfico muy específico del mejor chowder de la ciudad.

—Llevo toda mi vida en este barrio.

—Se nota. —Miró el ramo que Cael acababa de terminar, rosas rojas con eucalipto y lazos de organza granate—. Eso es muy bonito.

—Pedido de boda. El dieciséis.

—¿Cuántas bodas en diciembre?

—Cuatro. Más tres cenas de empresa y el encargo del hospital de First Hill que es todos los años y que me trae de cabeza porque quieren flores frescas semanalmente de aquí a enero.

—¿De qué hospital?

—Providence.

—Ah, no es el mío. —Pausa—. ¿Quieres que vuelva a ayudar esta semana?

Cael la miró. Fue una mirada directa, de las que no se desvían.

—Sí —dijo.

—Tengo turno mañana hasta las tres. Puedo venir a las cuatro.

—A las cuatro hay mucho trabajo todavía.

—Bien.

✦ ✦ ✦

La cliente de las cuatro, que se llamaba Barbara y encargaba un centro de mesa para la cena de Navidad de su empresa todos los años, se quedó cincuenta y cinco minutos, no cuarenta, y Sloane pasó ese tiempo catalogando las flores secas del expositor que Cael le había pedido que ordenara por tipo y color. Era una tarea absurda

desde el punto de vista de cualquier otra cosa que Sloane hubiera hecho en los últimos tres años, y sin embargo tenía algo de hipnótico en el tacto de los tallos secos entre los dedos, en el olor a lavanda y a pétalo seco.

Cuando Barbara se fue, Cael apareció en el rincón donde Sloane seguía trabajando y se apoyó en la estantería del fondo con los brazos cruzados.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo él.

—Depende de la pregunta.

—¿Por qué vienes aquí?

Sloane dejó el manojo de lavanda que tenía en la mano.

—Ya lo sabes.

—Quiero oírte decirlo.

Hubo un silencio que no era incómodo sino denso, de los que tienen peso.

—Porque me gusta estar aquí —dijo Sloane—. Y porque me gusta hablar contigo. —Hizo una pausa—. ¿Eso es suficiente respuesta?

—Sí.

—¿Y tú? ¿Por qué me dejas seguir viniendo?

Cael la miró con esa expresión suya de pocas palabras pero muchas cosas debajo.

—Porque me gusta que vengas.

Fue directo y sin adorno y Sloane sintió algo que reconoció perfectamente, ese calor que empieza en el pecho y no tiene nada de metafórico. Se quedó quieta mirándolo.

—Tengo que irme en veinte minutos —dijo.

—Lo sé.

—Esto es complicado, Cael. Mi vida ahora mismo no es precisamente un terreno fácil.

—Lo sé también.

—¿Y?

—Y que eso no cambia lo que acabo de decir.

Sloane cogió el bolso del mostrador y la chaqueta del gancho junto a la puerta y fue hacia la salida. En el umbral se detuvo.

—Mañana a las cuatro —dijo.

—Aquí estaré —respondió Cael.

Cerró la puerta detrás de ella. La campanilla sonó una vez y se quedó en silencio.

Capítulo VII

CAEL

Fue el jueves de la segunda semana de diciembre, a las seis y cuarto de la tarde, cinco minutos después de que Cael echara el cierre de la tienda.

No estaba planeado, aunque Sloane luego se preguntaría si alguna de las dos partes podría decir honestamente que no lo había visto venir.

Había venido esa tarde como los tres días anteriores, después de su turno, a ayudar con el caos de diciembre. Esa tarde habían terminado de preparar los encargos del fin de semana, y cuando Cael cerró la puerta principal, Sloane estaba en la trastienda con las manos mojadas de agua de los cubos, intentando alcanzar la última corona de la estantería alta que se había resbalado hacia el fondo.

—Espera. —Cael llegó detrás de ella, lo cual implicó que se colocó muy cerca porque la trastienda no era grande, y alargó el brazo por encima del hombro de ella para alcanzar la corona.

Sloane no se movió.

Fue un momento de quietud. Cael tenía la corona en la mano y no la bajó de inmediato. Estaba muy cerca, tan cerca que Sloane podía oler el jabón que usaba, algo limpio y sencillo, y el olor a madera y salvia que llevaba impregnado en la ropa después de un día de trabajo. Notó su respiración antes de escucharla.

Se volvió.

No había mucho espacio entre ellos. Cael la miraba con esos ojos oscuros que no escondían nada en ese momento, con la corona todavía en la mano y una expresión que Sloane había aprendido a leer en estas semanas: esa concentración quieta, esa manera de no precipitarse.

—Cael —dijo, y no supo qué iba a decir después.

No necesitó saberlo.

Él bajó la cabeza despacio, sin brusquedad, dándole tiempo, y sus labios encontraron los de ella con una suavidad que Sloane no había anticipado porque nada en los últimos años le había llegado con suavidad. Fue un beso quieto al principio, casi una pregunta, con la boca de él cálida y sin prisa, y luego ella levantó la mano y la puso en su pecho, no para apartarlo sino para tenerle más cerca, y el beso cambió de tono como cambia la luz cuando pasa por el cristal, más hondo, más real.

La corona terminó colgada en algún gancho de la pared, ninguno de los dos recordaría exactamente cuándo.

Cuando se separaron, Sloane apoyó la frente en su hombro un segundo, y Cael le puso una mano en la nuca con una ternura tan directa que Sloane tuvo que respirar despacio para que no le afectara más de lo que ya le estaba afectando.

—Llevo semanas queriendo hacer eso —dijo él, con la voz más baja que de costumbre.

—Ya lo imaginaba. —Ella levantó la cabeza y lo miró—. Yo también.

—¿Sí?

—No te lo habría dicho si no fuera verdad.

Él sonrió, fue esa sonrisa amplia que aparecía de vez en cuando y que Sloane coleccionaba sin darse cuenta, y le apartó un mechón de la cara con los dedos.

—¿Y ahora? —preguntó Cael.

—Ahora no lo sé. Mi vida sigue siendo lo que es.

—No te estoy pidiendo que cambie.

—Lo sé. —Hizo una pausa—. Tampoco yo tengo claro que pueda darte lo que debería.

—¿Qué es lo que deberías darme?

—Tiempo. Presencia. Estabilidad. Las cosas básicas.

—Sloane. —La voz de Cael era paciente pero firme—. No soy una planta de interior. No necesito atención constante para sobrevivir.

Ella lo miró un momento.

—¿Acabas de compararme con una planta de interior?

—He dicho que yo no lo soy.

—Sigue siendo una metáfora botánica.

—Es lo que tengo.

Sloane se rió, y fue una risa de alivio además de genuina, de esas que aflojan algo que llevaba apretado.

—Dame tiempo para pensar —dijo.

—Tienes todo el tiempo que necesites. —Le cogió la mano un momento, la sostuvo—. Aunque no te voy a dejar de ver mientras piensas.

—No te lo estoy pidiendo.

—Bien.

Salieron de la tienda juntos, Cael cerró con llave y bajaron por Pike Street con el hombro de ella rozando el brazo de él, sin coger la mano pero muy cerca, y la ciudad de diciembre los envolvió con sus luces y su lluvia fina y su olor a pino y a asfalto mojado.

Sloane llegó a casa y estuvo un buen rato sentada en el sofá gris con la zamioculca al lado y las flores secas en la jarra de cristal, sin encender el televisor, con el silencio del apartamento que últimamente ya no le parecía tan vacío.

Capítulo VIII

SLOANE

El paciente de la cama catorce fue dado de alta el martes de esa semana con diagnóstico de psitacosis leve confirmado por serología, tratamiento con doxiciclina y la recomendación de contactar con el ayuntamiento por lo de las palomas del edificio de enfrente. Gerald Hutchinson estrechó la mano de Sloane con la calidez de alguien que se siente en deuda, le dijo que el partido de pesca del sábado había sido una de las mejores mañanas del año y que su hijo había pescado una trucha de dos kilos.

—Me alegro mucho, señor Hutchinson —dijo Sloane.

—Usted no se rindió —dijo él—. Eso vale mucho.

Sloane pasó el resto de la mañana con esa frase en la cabeza, no porque la halagara sino porque la hizo pensar. No rendirse era lo que la había traído a Seattle, lo que la mantenía en el turno de doce horas, lo que hacía que leyera artículos de nefrología a las once de la noche cuando debería estar durmiendo. Era el núcleo de lo que era.

¿Y con Cael?

Esa era la pregunta que llevaba tres días dando vueltas debajo de todo lo demás.

✦ ✦ ✦

Darya estaba en la sala de residentes cuando Sloane entró a cambiarse, con el portátil en las piernas y un termo de lo que probablemente era su tercer té de la mañana.

—¿Qué ha pasado? —dijo Darya sin levantar la vista.

—¿Por qué tienes que preguntar eso?

—Porque entras con esa cara.

—¿Qué cara?

—La cara de «ha pasado algo que no sé cómo manejar y lo estoy manejando igualmente porque soy Sloane Merritt».

Sloane se sentó en el banco frente a las taquillas.

—Me besó el jueves.

Darya cerró el portátil.

—El florista.

—Cael. Sí.

—Y tú dejaste que te besara.

—No lo habría dejado si no hubiera querido.

—No, ya sé. Es que —Darya buscó las palabras— eso es un paso, Sloane. Un paso real.

—Lo sé.

—¿Cómo fue?

—Muy bien. —Hizo una pausa—. Demasiado bien, quizás. Por eso lo estoy pensando.

—¿Por qué «demasiado bien» es un problema?

—Porque cuando algo es muy bien en mi vida, la siguiente variable que aparece es el tiempo. El tiempo que no tengo.

—Sloane, llevas tres años viviendo como si el tiempo fuera un recurso no renovable que se agota si lo usas en algo que no sea medicina.

—El tiempo en la residencia sí es un recurso no renovable.

—Y aun así estás aquí, y ayer estabas en la floristería, y antes de eso estabas en el Pike Place Market comiendo chowder. El tiempo lo encontraste.

Sloane miró el suelo un momento.

—No quiero hacerle daño. No soy buena con las cosas que requieren constancia fuera del trabajo.

—¿Te lo ha pedido él?

—No. Ha dicho que no soy una planta de interior.

Darya parpadeó.

—¿Qué?

—Es florista. Las metáforas le salen así.

—Me encanta. —Darya abrió el portátil otra vez—. Sloane, a veces la gente llega en el momento en que llega y no hay más estrategia que ver qué pasa. No todo tiene que ser un plan de tratamiento.

—Mi cerebro no funciona sin esquemas.

—Pues haz un esquema con Cael Wilder.

—Eso es lo más absurdo que me has dicho en tres años.

—Pruébalo.

✦ ✦ ✦

Fue a la tienda esa tarde, un martes de la semana del doce de diciembre con el viento arrastrando hojas húmedas por Pike Street y las luces de Navidad encendidas desde las cuatro porque anochecía pronto. Entró con la campanilla y encontró a Cael solo, porque Waverly salía a las cinco y eran las cinco y cuarto, y él estaba quitando los cubos vacíos del día y apilándolos junto a la pared del fondo.

—Hola —dijo Sloane.

—Hola. —La miró sin moverse del sitio—. ¿Cómo ha ido el turno?

—He dado el alta al señor Hutchinson. Psitacosis, como pensaba.

—¿Las palomas?

—Las palomas.

—Buen diagnóstico.

—Gracias. —Se quedó en el centro de la tienda con los brazos cruzados—. He estado pensando.

—Ya me parecía.

—No voy a poder darte regularidad. Ni una relación con horarios predecibles ni fines de semana garantizados ni noches que no acaben porque me llaman del hospital.

Cael dejó el último cubo junto a la pared y se volvió hacia ella.

—¿Y?

—Y que si eso es suficiente para ti, si puedes con eso, entonces quiero intentarlo.

Hubo un silencio de cuatro segundos exactos, que Sloane contó.

—Sloane Merritt, eso es lo más poco romántico que alguien me ha dicho nunca.

Ella lo miró.

—Lo sé. Soy médico, mi cerebro va en línea recta.

—Y aun así... —Cael cruzó el espacio entre ellos despacio, sin prisa, como hacía todo—. ...es lo más claro que me ha dicho alguien en mucho tiempo.

Se paró a un paso de ella.

—Puedo con eso —dijo—. Con todo eso. Con los horarios imposibles y las noches del hospital y los fines de semana que no llegan. Puedo con eso si tú estás cuando puedas y yo estoy cuando tú vengas.

—¿Sin reproches?

—Sin reproches.

—¿En serio?

—Sloane. —Tomó su cara entre las dos manos con esa suavidad que todavía la descolocaba—. En serio.

Y la besó otra vez, y esta vez no había pregunta en el beso sino respuesta, la respuesta clara a todo lo que los dos llevaban semanas sin decir, con las flores secas al fondo y el olor a eucalipto y a tierra y a diciembre mezclado en el aire de la tienda.

Afuera, la lluvia de Seattle golpeaba el escaparate con su paciencia de siempre.

Adentro, nada tenía prisa.

Capítulo IX

SLOANE

La primera noche completa que pasaron juntos fue un accidente de calendario, que era la única manera en que algo así podía ocurrirle a Sloane Merritt.

Era viernes de la tercera semana de diciembre, y el turno que tenía asignado se lo habían cambiado cuarenta y ocho horas antes porque el doctor Eklund necesitaba cubrir el sábado y alguien tenía que ceder. Ese alguien fue Sloane, que intercambió su viernes por el sábado de Eklund con la satisfacción pragmática de quien consigue exactamente lo que no sabía que quería.

Le mandó un mensaje a Cael a las dos de la tarde.

Tengo la noche libre. Inesperadamente.

La respuesta tardó ocho minutos, que era el tiempo que Cael tardaba en terminar lo que tuviera entre manos antes de mirar el móvil.

¿Libre libre o libre-pero-estoy-pendiente-del-bíper libre?

Libre libre. Hasta mañana a las diez.

Ven a las siete. Cocino yo.

Sloane miró el mensaje un momento. Nunca había estado en el apartamento de Cael. Sabía que vivía encima de la tienda, que era un piso en el segundo que había heredado del mismo abuelo que le dejó el negocio, y que según él tenía mejores vistas que muebles porque llevaba cuatro años poniendo el dinero en Wilder & Bloom antes que en sofás.

De acuerdo , escribió. Y luego añadió: *¿Qué llevo?*

Nada. Ya tengo todo.

El apartamento de Cael era exactamente como Sloane había imaginado y completamente diferente al mismo tiempo. Tenía razón en lo de las vistas: desde la ventana del salón se veía Pike Street entera con sus luces de diciembre y, al fondo, el brillo oscuro de la bahía de Elliott. Y tenía razón también en lo de los muebles: una estantería larga de madera con libros organizados sin aparente criterio, una mesa de madera oscura rodeada de cuatro sillas distintas que claramente no habían nacido juntas, un sofá de color petróleo que era enorme y evidentemente el mueble en el que se había gastado el dinero, y en la cocina abierta al salón, cazos colgados del techo y una tabla de cortar con manchas de uso real.

Olía a ajo y a tomillo y a algo con vino tinto que Sloane identificó como estofado antes de asomarse al fogón.

—Beef bourguignon —dijo Cael, sin darse la vuelta—. Lleva tres horas.

—¿Llevas tres horas cocinando?

—Dos y media. Lo empecé antes de cerrar. —Se volvió con el cucharón en la mano—. ¿Tienes hambre?

—Sí. —Lo miró—. No tenías que hacer algo tan elaborado.

—Ya lo sé. —Volvió al fogón—. ¿Quieres vino?

—Sí, pero poco. Que mañana conduzco al hospital.

Abrió una botella de Syrah del estado de Washington, uno de los de la zona del Columbia Valley, de color rojo oscuro y con ese tacto aterciopelado que tienen los buenos vinos de la región, y sirvió dos copas. Sloane se sentó en la barra de la cocina y lo vio maniobrar con la misma calma precisa con que hacía los ramos: sin aspavientos, sin prisa, sabiendo exactamente dónde estaba cada cosa.

—¿Cuándo aprendiste a cocinar? —preguntó.

—Mi abuelo. Me enseñó a cocinar antes que a cualquier otra cosa. Decía que un hombre que no sabe cocinar está siempre a merced de alguien que sí sabe. —Removió el estofado—. También

decía que las flores son el único regalo que no falla nunca, pero eso era interés profesional.

—¿Cómo era tu abuelo?

—Henrik. —Cael sonrió hacia el fogón—. Alto, serio, manos enormes. Llegó de Alemania con veintitrés años y abrió la tienda con los ahorros de tres años de trabajo en el puerto. Mi abuela decía que el día que la conoció le llevó a ella las únicas flores que tenía, que eran las del escaparate, y que eso fue lo que la convenció.

—¿Vaciaste el escaparate por tu abuela?

—Las flores eran suyas, técnicamente. Él solo las estaba cuidando.

—Eso es un matiz muy conveniente.

—Fue mi abuela la que lo vio así. —Probó el estofado, añadió un poco de sal—. Lista.

Comieron en la mesa con las sillas distintas, con las luces de Pike Street al fondo y la lluvia en el cristal, y el estofado era de los que hacen que la gente cierre los ojos un segundo al primer bocado, con la carne deshecha y el caldo espeso y las zanahorias en su punto.

—Cael —dijo Sloane después del segundo bocado.

—¿Mmm?

—Esto es muy bueno.

—Ya lo sé. —Lo dijo sin una pizca de modestia y Sloane se rió, y el apartamento que llevaba cuatro años sin sofá nuevo se llenó de ese sonido.

Estuvieron dos horas en la mesa. Hablaron de los libros de la estantería, que resultó ser la colección mezclada de Cael y de su abuelo —novela negra escandinava, libros de botánica, varios de diseño tipográfico, tres de cocina francesa y uno de orquídeas que había pertenecido a Henrik Wilder y tenía las páginas marcadas con señaladores de papel—. Hablaron del caso más raro que Sloane

había tenido en la residencia, que fue un hombre de cincuenta y dos años que llegó con una toxicidad de digoxina porque llevaba meses tomando una infusión de adelfa que alguien le había recomendado en internet, y de cómo Sloane tardó cuatro horas en dar con ello porque nadie hace ese historial de plantas medicinales si no sabe que tiene que hacerlo. Hablaron de la diferencia entre las flores de invierno y las de verano, que para Cael no era solo una cuestión de disponibilidad sino de carácter: las de invierno son más honestas, decía, no tienen nada que demostrar.

—¿Las flores tienen carácter? —preguntó Sloane.

—Todo lo que crece tiene carácter.

—Eso incluye las bacterias.

—Las bacterias también tienen el suyo.

—Filosófico.

—El Syrah me pone filosófico.

Recogieron juntos, que era uno de esos actos domésticos aparentemente pequeños que en realidad dicen muchas cosas: Cael lavaba, Sloane secaba, y no tuvieron que acordarlo, simplemente sucedió, con la música baja de fondo —Cael tenía un altavoz en la cocina y había puesto algo de Bon Iver que iba bien con la lluvia y con el vino— y la conversación yendo y viniendo sin esfuerzo.

Cuando terminaron, Sloane estaba apoyada en la encimera con la última copa de vino y Cael se secó las manos en el trapo de cocina y se quedó mirándola desde el otro lado de la barra. No había mucha distancia. La luz de la cocina era cálida, de las bombillas de filamento que también tenía en la tienda, y hacía que todo pareciera más íntimo de lo que ya era.

—Sloane —dijo él.

—Lo sé —dijo ella.

Y eso fue suficiente.

Cruzaron el salón en un silencio cómodo, roto solo por el clic de la lámpara de la mesita. La luz, de un naranja cálido y denso, transformó la habitación en un refugio; fuera, la cortina de lluvia emborronaba los faroles de la calle, convirtiéndolos en manchas de acuarela contra el cristal. Sloane dejó sus gafas de lectura a un lado, un gesto que marcaba el fin del día y el inicio de algo más privado.

Cael se acercó a ella. Con esa calma suya, una paciencia casi magnética que ignoraba por completo que a las diez de la mañana ella tendría que estar de vuelta en el hospital, le quitó el jersey. Lo hizo sin prisas, como si el tiempo fuera un lujo que solo ellos poseían.

Sus manos, marcadas por el trabajo rudo con los tallos y las herramientas de la floristería, eran una contradicción fascinante: callosas al tacto, pero de una delicadeza extrema al recorrer la línea del hombro de Sloane. Se demoró en la curva de su cuello, explorando su piel con la atención absoluta de quien no desea estar en ningún otro lugar del mundo. Sloane sintió un escalofrío que no tenía nada que ver con el frío. Con los dedos ligeramente torpes, empezó a desabotonar la camisa de franela de él. Al apoyar las palmas contra su pecho desnudo, notó cómo la respiración de Cael se rompía sutilmente, acelerándose bajo su tacto en una confesión silenciosa.

—Oye —murmuró él, con la voz ganando una aspereza nueva, más profunda—. ¿Estás bien?

Sloane levantó la vista, encontrando sus ojos en la penumbra.

—Muy bien —respondió, y su propia voz sonó como un susurro compartido. —¿Tú?

—Sí.

Él no buscó su boca de inmediato. En su lugar, trazó un camino de besos lentos por su sien y el pómulo, deteniéndose en la comisura de sus labios, como si estuviera dibujando un mapa o construyendo una promesa.

Lo que siguió se quedó allí, atrapado entre las cuatro paredes y el calor creciente bajo las sábanas. Fue un baile de ritmos encontrados, de paciencia y descubrimientos, donde el sonido de la lluvia contra el cristal era la única banda sonora. No hubo urgencia, solo la entrega pausada de dos personas que se reconocen en el tacto.

Cuando el reloj dio las doce, Sloane ya se había entregado al sueño, protegida por el peso del brazo de Cael y el calor de su espalda contra su pecho. Fue, después de muchas semanas de guardias y café frío, el primer sueño profundo y verdadero.

A las siete de la mañana sonó la alarma del móvil.

—Dios —murmuró.

—Ya —dijo Cael, que claramente también había oído la alarma aunque llevara la voz de alguien que estaba medio dormido—. ¿Cuánto tiempo tienes?

—Suficiente para ducharme aquí si me dejas.

—Toallas en el armario del baño. Segundo estante.

—Eres un hombre práctico, Cael Wilder.

—Lo intento.

Se duchó, se vistió, y Cael apareció en la cocina con el pelo revuelto y una camiseta vieja preparando café con una cafetera de émbolo que tardaba cinco minutos pero producía el mejor café que Sloane había tomado fuera de un restaurante. Le pasó el vaso grande antes de que ella lo pidiera.

—Gracias —dijo ella, envolviéndolo con las dos manos.

—¿Cuándo tienes la próxima noche libre?

—En algún lugar entre mañana y nunca.

—Muy específico.

—Haré lo que pueda. —Se acabó el café—. Anoche estuvo muy bien, Cael.

Él la miró por encima de su propia taza.

—Sí —dijo—. Estuvo muy bien.

Salió a las ocho menos cuarto y él la acompañó hasta la calle, con la chaqueta de lana que cogió del gancho sin pensarlo, y la besó en la puerta mientras los primeros transeúntes del sábado pasaban por Pike Street con sus vasos de café y sus periódicos y sin prestarles la menor atención.

—Hasta cuando puedas —dijo él.

—Hasta cuando pueda —dijo ella.

Capítulo X

SLOANE

El veinticuatro de diciembre Sloane lo pasó en el hospital.

Lo sabía desde noviembre, cuando salió el cuadrante de guardias, y lo había asumido con la resignación de quien ya sabe que esta es la tercera Nochebuena consecutiva que pasa entre plantas hospitalarias. No era el fin del mundo. El hospital en Nochebuena tenía algo de comunidad improvisada: los residentes traían comida de casa o pedían pizza, alguien ponía música en la sala de residentes, los enfermeros decoraban las estaciones de enfermería con luces de batería que el coordinador de planta intentaba retirar por protocolo y que volvían a aparecer en cuanto se daba la vuelta.

Sloane trajo un bizcocho de naranja que había hecho la tarde anterior en su cocina con una torpeza culinaria considerable pero con buenos resultados finales. Darya trajo tamales —de la receta de Waverly, a quien le había pedido la receta— y el residente de primer año, un chico de Minnesota llamado Tobias que todavía no había perdido el asombro ante nada, trajo galletas de jengibre con el glaseado torcido.

—Están torcidas porque las hice a oscuras —explicó Tobias—. Mis compañeros de piso estaban dormidos.

—Están perfectas —dijo Darya, mordiéndose una.

Sloane pasó el turno con dos ingresos nuevos, un paciente crónico con descompensación y el señor Park, que llevaba tres semanas en planta y era el hombre más tranquilo que Sloane había tratado en su vida, que pasaba las horas leyendo novelas de misterio japonesas y le preguntaba cómo estaba ella cada vez que Sloane entraba a visitarlo.

—¿Y usted, doctora? ¿Tiene familia aquí en Seattle?

—No, señor Park. Mi familia está en Carolina del Norte.

—¿Los echa de menos?

—Sí. Aunque me he acostumbrado.

—Uno nunca se acostumbra del todo. Solo aprende a llevar el peso mejor. —Volvió a su libro—. Eso no es malo, doctora. Es madurez.

Sloane salió de la habitación del señor Park con esa frase dándole vueltas.

✦ ✦ ✦

A las diez de la noche, en el descanso, encontró un mensaje de Cael.

¿Cómo va la guardia?

Bien. El señor Park me ha dado una lección de filosofía. El bizcocho ha sido un éxito.

¿Cuándo sales?

Mañana a las nueve. Navidad de guardia, así son las cosas.

Hubo una pausa larga. Luego:

Pasa por la tienda cuando salgas. Tengo algo para ti.

El veinticinco estás abierto.

No. Pero estaré ahí.

Sloane miró el móvil un momento con el ruido del hospital alrededor, el pitido de algún monitor en el pasillo, las voces bajas de los enfermeros en el cambio de turno.

De acuerdo , escribió.

✦ ✦ ✦

El veinticinco por la mañana, a las nueve y cuarto, Sloane salió por la puerta lateral del Swedish con la cara de dieciséis horas de guardia y el bizcocho sobrante en un tupper. Caminó por Pike Street con el sol de diciembre que en Seattle no calienta pero sí

alumbra, esa luz blanca de invierno que hace que la ciudad parezca una fotografía de alta resolución.

La puerta de Wilder & Bloom estaba cerrada y el cartel ponía CLOSED, pero había luz adentro, la luz cálida de las bombillas de filamento. Llamó al cristal.

Cael abrió en diez segundos.

Llevaba un jersey grueso de color verde oscuro, los vaqueros de siempre, y tenía el pelo todavía con la marca de la almohada en un lado, lo que significaba que no llevaba mucho tiempo despierto. A Sloane le pareció que era la versión más humana y menos construida que había visto de él, y le gustó.

—Feliz Navidad —dijo Cael.

—Feliz Navidad. —Entró—. ¿Has madrugado por mí?

—Son las nueve y cuarto.

—En Navidad.

—En Navidad. —Cerró la puerta—. Ven.

La llevó a la trastienda, que estaba distinta que de costumbre: había despejado la mesa de trabajo y encima había un desayuno. Dos platos con tostadas de masa madre y salmón ahumado, un cuenco de hummus, otro de aguacate en láminas, queso crema, alcaparras, rodajas de limón. Una cafetera de émbolo ya hecha. Un pequeño ramo de anémonas rojas y blancas en un vasito de cristal en el centro.

—Cael. —Sloane se quedó parada en la entrada de la trastienda.

—Sé que no has comido nada decente en horas. —Se encogió de hombros, como si no fuera gran cosa—. Y no quería que el veinticinco fuera un día como cualquier otro para ti.

Sloane lo miró. Había algo en ella que reconoció ese gesto en toda su dimensión, que entendió lo que significaba que alguien te

viera de verdad, no de manera general sino concretamente, lo que significaba para ti ese día en concreto.

—Gracias —dijo, y sonó más serio de lo que pretendía.

—Siéntate —dijo él. Y ella se sentó.

Desayunaron en la trastienda de la floristería el día de Navidad, con la ciudad en silencio afuera y el olor a flores y a café mezclados, y Sloane le contó lo del señor Park y la filosofía del peso bien llevado, y Cael dijo que su abuelo habría dicho algo muy parecido aunque con más palabras en alemán intercaladas. Comieron con hambre real, de la buena, y cuando terminaron Cael desapareció un momento y volvió con una caja pequeña envuelta en papel kraft con un cordel.

—No te he comprado regalo —dijo Sloane.

—No te he pedido que lo hicieras.

Sloane abrió la caja. Dentro, envuelto en papel de seda, había un pequeño broche de plata en forma de rama de eucalipto, con las hojas ovaladas trabajadas con detalle.

—Lo hace una artesana de Fremont. —Cael lo cogió y lo sostuvo—. Cuando vi las flores secas que pusiste en el apartamento, pensé en esto.

—Es precioso.

—No tienes que llevarlo si no—

—Cael. Es precioso. —Le quitó el broche de la mano y lo puso en la solapa del chaquetón—. ¿Está bien ahí?

Él la miró con esa expresión suya tranquila que contenía muchas cosas.

—Sí —dijo—. Está muy bien ahí.

Capítulo XI

SLOANE

Enero en Seattle era el mes más honesto del año. Sin las luces de diciembre, sin la expectativa de noviembre, la ciudad quedaba desnuda en su versión más gris y más real, con los días cortos y el cielo el color del hormigón y la lluvia que ya no era pintoresca sino simplemente lluvia, persistente y sin ornamento.

Sloane y Cael llevaban tres semanas siendo lo que eran —que todavía no tenía nombre oficial, aunque Sloane había dejado de necesitar que lo tuviera— cuando llegó el problema.

Se llamaba problema aunque podría haberse llamado de otra manera. Se llamaba así porque lo primero que pensó Sloane cuando lo vio fue: esto va a ser complicado.

El problema llegó en forma de mensaje de texto a las once de una noche de martes.

Lo mandaba Reeve, que era Reeve Callahan, que había sido el novio de Sloane durante dieciocho meses en Chicago y con quien había roto al mudarse a Seattle porque ninguno de los dos había querido decir en voz alta que lo que tenían no sobrevivía a dos mil kilómetros, y al final fue Sloane la que lo dijo, sencillo y sin drama, en un restaurante de Wicker Park en agosto de hacía tres años.

El mensaje decía: *Hola. Estoy en Seattle por trabajo. ¿Tomamos algo esta semana?*

Sloane lo leyó dos veces.

No tenía ninguna razón para no contestar que sí. No tenía ningún sentimiento pendiente con Reeve, que era una persona razonablemente buena con quien había tenido una relación razonablemente buena que había terminado de manera razonablemente civilizada. El problema no era Reeve.

El problema era que la primera reacción de Sloane al leer el mensaje había sido pensar en Cael, y eso le dijo algo sobre el estado de las cosas que todavía estaba procesando.

Claro. El jueves si te viene bien, escribió. Y lo mandó antes de pensárselo más.

✦ ✦ ✦

Se lo dijo a Cael el miércoles, cuando pasó por la tienda a última hora. Se lo dijo directamente, porque Sloane no sabía hacerlo de otra manera, sin preámbulos: que había un exnovio en la ciudad, que habían quedado al día siguiente, que quería que lo supiera.

Cael estaba colocando el expositor de la entrada y no se paró.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis juntos?

—Dieciocho meses. En Chicago.

—¿Y cómo terminó?

—Bien. Sin complicaciones. —Hizo una pausa—. No es por eso que te lo cuento.

—¿Por qué me lo cuentas?

—Porque no quiero que te enteres por otro lado y que parezca que te lo he ocultado.

Cael terminó de colocar las ramas de sauce que tenía en la mano y se volvió hacia ella.

—Sloane. No eres mi propiedad y yo no soy el tuyo. Si quieres cenar con alguien de tu pasado, cenas.

—Lo sé. Por eso te lo cuento: porque quiero, no porque sienta que tengo que hacerlo.

Algo cambió en su cara. Un gesto pequeño, apenas perceptible.

—¿Cuándo vuelve a Chicago? —preguntó.

—El viernes.

—¿El sábado tienes guardia?

—No.

—Entonces el sábado vengo a buscarte y vamos al mercado de Fremont. Quiero enseñarte la artesana del broche.

—¿Me estás proponiendo un plan de sábado para que no piense en el jueves?

—Te estoy proponiendo un plan de sábado porque me apetece pasar el sábado contigo. —Se cruzó de brazos—. Lo del jueves es tuyo, Sloane. No necesito compensarlo.

Sloane lo miró un momento.

—Eres extraordinariamente tranquilo para ser una persona.

—Tengo días malos como todo el mundo.

—¿Cuándo tienes días malos?

—Cuando los pedidos llegan mal o cuando no duermo o cuando me quedo sin café. —Una pausa—. Y cuando alguien que me importa está lejos aunque esté en la misma ciudad.

Sloane tardó un segundo en entender que eso iba por ella.

—Trabajo en eso —dijo.

—Lo sé.

✦ ✦ ✦

La cena con Reeve fue exactamente lo que tenía que ser: agradable, sin electricidad, con esa calidez particular de dos personas que se conocen bien y ya no necesitan nada el uno del otro excepto la compañía puntual. Reeve trabajaba ahora en una consultora de tecnología sanitaria, estaba bien, había empezado a salir con alguien en Chicago, una profesora de literatura que le hacía leer novelas rusas.

—¿Y tú? —preguntó él.

—Hay alguien —dijo Sloane.

—¿Médico?

—Florista.

Reeve la miró con algo entre la sorpresa y la aprobación.

—¿Florista.

—Florista.

—Bien. —Bebió su cerveza—. Te venía bien alguien que no hablara de hospitales.

—Puede que sí.

Volvió a casa caminando, con el broche de eucalipto en el chaquetón y la certeza tranquila de que no había nada pendiente con Reeve Callahan, que no la había habido en años, y que lo que había ahora en su vida era nuevo y distinto y real.

Le mandó un mensaje a Cael.

El jueves estuvo bien. Sin novedades. Buenas noches.

La respuesta llegó en dos minutos.

Buenas noches, Sloane. Duerme.

Se quedó dormida con el móvil en la mano y la zamioculca en la penumbra del salón, con sus hojas brillantes e indiferentes al tiempo.

Capítulo XII

CAEL

Febrero trajo consigo una borrasca que mantuvo a Seattle bajo agua durante cuatro días seguidos, de esos en que la lluvia no cae sino que empuja, con viento del noroeste que hacía vibrar las ventanas del hospital y arrastraba las ramas caídas por las aceras de Capitol Hill.

Cael cerró la tienda un día y medio porque el pedido de flores de la semana llegó con las rosas spray arruinadas por el frío del transporte y los lirios con los pétalos magullados, y pasar una mañana entera al teléfono con el proveedor discutiendo sobre una compensación no era su actividad favorita pero tampoco era la primera vez.

Sloane llegó esa tarde con una bolsa de papel del supermercado que contenía dos botes de sopa de lentejas de esos que no necesitan más que calentarse, pan de centeno y dos bolsas de frutos secos, y llamó al interfono del apartamento de encima de la tienda con el convencimiento de quien ha tomado una decisión práctica.

—¿Quién es? —La voz de Cael sonó ligeramente sorprendida.

—Sloane. He traído sopa.

Hubo un silencio de tres segundos.

—Sube.

Cael estaba en el salón con el portátil en las piernas y el teléfono en la mano y cara de alguien que ha pasado demasiadas horas al teléfono. Llevaba la camiseta más vieja que Sloane le había visto, unos calcetines de rayas y el ceño fruncido que se fue aflojando en cuanto vio la bolsa.

—¿Cómo sabías?

—Me mandaste un mensaje esta mañana que decía «rosas arruinadas, proveedor incompetente, mañana horrible». He asumido que no habías comido nada decente.

—Comí unas tostadas a las dos.

—Eso no cuenta. Ya lo sabes.

Él soltó una carcajada breve, la primera del día según su cara.

Calentaron la sopa y se la comieron en el sofá de color petróleo, con los platos en las rodillas y el viento golpeando el cristal, y Cael le explicó el problema del proveedor con la paciencia agotada de quien lleva horas dando vueltas al mismo asunto, y Sloane escuchó, que era algo que sabía hacer bien aunque la medicina de urgencias no lo pareciera, y cuando él terminó ella dijo:

—¿Tienes otro proveedor de respaldo?

—Uno en Tacoma, pero los precios son un diez por ciento más altos.

—¿Puedes absorber ese diez por ciento o tienes que trasladarlo al precio?

—Depende del mes. En temporada alta puedo. En enero o febrero es más difícil.

—¿Lo has hablado con alguien?

—Con Waverly. Y con mi madre.

—¿Y?

—Mi madre dice que cambie de proveedor y que el dinero siempre se puede recuperar. Waverly dice que el proveedor actual tiene buenas flores cuando se porta bien y que quizás merezca una segunda oportunidad. —Bebió la sopa—. Estoy entre las dos.

—¿Qué te dice el instinto?

Cael la miró.

—Que lleva dos años dándome problemas y que el de Tacoma nunca ha fallado, aunque sea más caro.

—Entonces ya tienes la respuesta.

—Ya. —Puso el plato en la mesita—. Lo de los instintos es incómodo cuando son correctos.

—Bienvenido a mi vida laboral.

Se quedaron en el sofá mucho tiempo después de la sopa, con la borrasca afuera y la calefacción adentro y la televisión encendida en algo que ninguno de los dos estaba viendo, y Sloane se quedó dormida con la cabeza en el hombro de Cael en algún momento entre las nueve y las diez, y él no la movió. La tapó con la manta que había en el respaldo del sofá y apagó el televisor y encendió la lámpara pequeña y siguió leyendo, con ella dormida al lado, y afuera la lluvia seguía haciendo su trabajo.

Cuando Sloane se despertó eran las once y cuarto.

—¿Por qué no me has despertado? —dijo, incorporándose.

—Porque llevabas una semana con guardias seguidas y lo necesitabas.

—Tengo el piso a diez minutos.

—Esta noche hay borrasca.

—Cael.

—Quédate. —Lo dijo con sencillez—. El sofá es cómodo si necesitas espacio. O la cama es grande si no lo necesitas.

Sloane lo miró un momento.

—No necesito el sofá.

—Lo suponía.

Se levantaron los dos y Sloane mandó un mensaje a Darya diciéndole que no llegaría al hospital hasta las ocho porque se quedaría a dormir fuera, con la precisión telegráfica de alguien que no da explicaciones pero sí información, y apagaron la lámpara pequeña y la borrasca siguió toda la noche mientras ellos dormían con el sonido del viento como fondo, los dos en la cama grande con vistas a Pike Street, arropados contra el febrero de Seattle.

Capítulo XIII

SLOANE

Marzo llegó despacio, como siempre en Seattle, sin grandes anuncios. Los días empezaron a alargarse unos minutos cada semana, casi imperceptiblemente, y las flores en Wilder & Bloom cambiaron: entraron los narcisos, la forsitia de ramas amarillas, los primeros tulipanes que llegaban desde los campos de Skagit Valley. Cael los puso en el escaparate y la tienda cambió de color de golpe, de los tonos oscuros y honestos del invierno a algo más abierto y luminoso.

Sloane lo notó el primer miércoles del mes.

—Has cambiado las flores.

—Ha cambiado el mes.

—Son muy amarillas.

—La forsitia siempre es muy amarilla. Es su manera de decir que llegó la primavera antes de que nadie se lo crea.

—¿Las flores también hacen declaraciones?

—Todo el tiempo. —Le puso un narciso en la mano—. Este dice que hay cosas nuevas esperando.

Sloane miró el narciso. Tenía los pétalos blancos con la corona central de un amarillo limón tan claro que casi parecía verde.

—¿Me estás dando una flor con mensaje incluido?

—El lenguaje de las flores existe desde el siglo XIX. No lo he inventado yo.

—Eso es lo más romántico y lo más pedante que me han dicho en el mismo párrafo.

—Me esfuerzo.

Sloane guardó el narciso en el bolsillo del chaquetón.

✦ ✦ ✦

Lo que pasó ese mes, sin que ninguno de los dos lo hubiera planificado, fue que Sloane empezó a tener cosas en el apartamento de Cael. No fue un proceso deliberado ni tuvo ninguna conversación sobre ello. Fue gradual y orgánico y bastante inevitable: un cargador de móvil que se quedó en la mesita de noche, el libro de nefrología que dejó en la estantería porque pesaba y no quería cargarlo de vuelta, una camiseta de manga larga que se lavó un domingo y que Cael colgó en el armario sin decir nada, y el champú que apareció un día en el segundo estante del baño porque al de él le quedaba el mismo olor que a jabón de hospital y Sloane tenía preferencias en esas cosas.

Cael no dijo nada sobre ninguna de estas cosas. O más bien, lo que dijo fue, el día del champú:

—El tercer estante también está libre si necesitas más espacio.

Sloane lo miró desde el umbral del baño.

—¿Cuándo has comprado estanterías con tres estantes?

—Hace unas semanas.

—¿Por alguna razón en concreto?

—Por razones de organización general. —Siguió leyendo, como si la conversación hubiera terminado.

Sloane estuvo tres segundos mirando el perfil de Cael en el sofá con el libro abierto, ese perfil suyo limpio y serio, y sintió algo que reconoció aunque no le pusiera nombre: la certeza de que ese sitio le pertenecía un poco, y que eso no le daba miedo, y que la ausencia de miedo era en sí misma algo significativo.

—Cael.

—¿Mmm?

—Gracias.

Él levantó la vista.

—No hay de qué.

Y siguió leyendo.

✦ ✦ ✦

Darya se enteró de la estantería nueva un jueves en la cafetería del hospital y reaccionó con la satisfacción callada de quien llevaba tiempo esperando este punto de la historia.

—Tiene una estantería nueva en el baño —repitió, como si quisiera que las palabras le duraran.

—Sí.

—Compró una estantería para tu champú.

—Para «razones de organización general», según él.

—Sloane. Ese hombre compró una estantería. Por ti.

—Ya lo sé.

—¿Y cómo estás con eso?

Sloane miró la sopa del día, que era de calabaza y estaba mejor de lo esperado.

—Bien —dijo—. Estoy bien con eso.

—¿Bien-bien o bien-de-momento?

—Bien-bien. —Una pausa—. Creo que estoy enamorada de él, Darya.

Darya posó la cuchara en el borde del plato.

—Ya lo sabía —dijo, con la serenidad de quien nunca tuvo dudas.

—¿Cómo lo sabías?

—Porque dejas de mencionar los turnos cuando hablas de él. La gente que tiene miedo al compromiso siempre menciona los turnos. Tú dejaste de hacerlo hace semanas.

Sloane no dijo nada un momento.

—¿Se lo has dicho a él? —preguntó Darya.

—No.

—¿Cuándo piensas hacerlo?

—Cuando encuentre el momento.

—Sloane Merritt, el momento no se encuentra. Se hace.

—Ahora suenas como el señor Park.

—Me tomo eso como un cumplido.

Capítulo XIV

SLOANE

El momento llegó un sábado de finales de marzo, en el mercado de flores de Skagit Valley, al que Cael fue por primera vez con Sloane porque ese año los tulipanes habían llegado antes de lo previsto y él quería verlos en el campo antes de que pasara la temporada.

Skagit Valley estaba a hora y cuarto al norte de Seattle, y los campos de tulipanes en plena floración eran algo que a Sloane le habían descrito otras personas antes pero que no había visto, y que resultó ser de esas cosas que la descripción no alcanza: hileras interminables de color que iban del rojo al morado al amarillo al blanco, bajo el cielo del noroeste todavía con nubes pero con esa luz particular de la primavera del Pacífico que lo hace todo ligeramente irreal.

—Dios —dijo Sloane cuando salieron del coche y vieron los campos.

—Sí —dijo Cael.

Caminaron entre las hileras con el barro de los caminos de tierra y el frío que todavía picaba pero ya no cortaba, y Cael le fue diciendo los nombres de las variedades con la facilidad de alguien que los conoce de memoria: Queen of Night, las moradas tan oscuras que casi eran negras; Angelique, rosa en capas como peonía; Purissima, las blancas puras que duraban más que ninguna. Le explicó por qué los campos de Skagit eran distintos de los holandeses, que tenían la misma escala pero no la misma luz, y por qué el suelo del Pacífico noroeste daba un bulbo más resistente aunque menos uniforme.

Sloane escuchaba y miraba y a veces le hacía preguntas y a veces simplemente caminaba a su lado, y en algún momento sus

manos se encontraron sin que ninguno de los dos lo hubiera buscado específicamente, y siguieron andando cogidos de la mano por el camino de tierra con los tulipanes a ambos lados.

Pararon a comer en un chiringuito al borde del campo que vendía sopa de pollo en vasos de cartón y manzanas de la temporada pasada que seguían siendo buenas, y se sentaron en unos bancos de madera con la vista de los campos frente a ellos.

—¿En qué piensas? —preguntó Cael.

Sloane tenía el vaso de sopa entre las manos y miró los campos un momento antes de contestar.

—En que estoy contenta —dijo—. Aquí, ahora, contigo. Estoy contenta.

Cael la miró.

—¿Solo contenta?

Sloane dejó el vaso en el banco y se volvió hacia él.

—No. No solo contenta. —Hizo una pausa—. Estoy enamorada de ti, Cael. Llevo semanas sabiéndolo y no he sabido cuándo decirlo, pero me parece que si espero el momento perfecto lo voy a esperar demasiado.

El silencio duró cuatro segundos.

Cael soltó el vaso también y la cogió de la mano, con esa calma suya que no era frialdad sino todo lo contrario.

—Sloane. —Buscó sus ojos—. Yo llevo enamorado de ti desde que te vi curarme la mano en la trastienda con cara de estar haciendo la cosa más normal del mundo. —Una pausa—. Solo esperaba que tú lo supieras también.

—Lo sé —dijo ella—. Ya lo sé.

Él le apretó la mano una vez, firme.

—Bien —dijo.

Y los dos miraron los campos, el rojo y el morado y el blanco bajo el cielo del noroeste, con la sopa enfriándose en los vasos y las manos todavía entrelazadas.

No necesitaron más palabras durante un buen rato.

✦ ✦ ✦

De vuelta en Seattle, ya de noche, Cael aparcó en Pike Street y antes de que ninguno de los dos dijera nada sobre los planes de esa noche, Sloane dijo:

—No me apetece ir a mi apartamento.

—No tienes que ir.

—Lo sé. Pero quiero que sepas que no me apetece, que no es que no tenga otra opción.

Cael sonrió en la oscuridad del coche.

—Sloane Merritt y sus aclaraciones.

—Es que son importantes.

—Son importantes. —Le cogió la mano otra vez—. Sube. Tengo restos de estofado del miércoles y hay pan.

—¿Me invitas con restos de estofado del miércoles?

—El estofado de dos días siempre está mejor que el del día.

—Eso también es una filosofía.

—La filosofía culinaria es la más útil.

Sloane se rió y abrió la puerta del coche.

Capítulo XV

SLOANE

El problema llegó en abril, como suelen llegar las cosas difíciles: sin aviso previo y en el peor momento posible.

Sloane llevaba tres semanas en el caso más exigente de su residencia hasta la fecha: una mujer de cuarenta y ocho años, Constance Adler, que llegó con fiebre, pérdida de peso severa y un dolor abdominal que cuatro hospitales distintos en dos estados habían diagnosticado como síndrome de intestino irritable, fibromialgia y en un caso directamente como ansiedad, mandándola a casa cada vez. Sloane leyó el historial completo el primer día y tuvo la convicción inmediata de que ahí había algo que nadie había buscado bien.

Cuatro semanas después, tras una batería de pruebas que incluía una biopsia de médula ósea, dio con ello: una mastocitosis sistémica indolente, una enfermedad rara que afecta a menos del uno por ciento de la población y que explica exactamente los síntomas de Constance Adler y que tiene tratamiento.

El día que Sloane se lo explicó a Constance, la mujer estuvo llorando veinte minutos, no de miedo sino de alivio, porque llevaba dos años diciéndole a los médicos que algo iba mal y dos años oyendo que no encontraban nada.

—Gracias —dijo Constance—. Gracias por no rendirse.

Era lo mismo que había dicho el señor Hutchinson en diciembre.

Sloane salió de esa habitación sintiéndose agotada y orgullosa a partes iguales, con ese agotamiento que no tiene nada de malo porque viene de haber hecho lo correcto hasta el final.

Y entonces su jefe de residencia, el doctor Hartmann, la llamó a su despacho.

✦ ✦ ✦

El despacho del doctor Hartmann tenía libros médicos en todas las paredes y una vista al aparcamiento que nadie había reclamado nunca como privilegio. Era un hombre de cincuenta y tantos, serio sin ser frío, que llevaba dieciséis años formando residentes y que sabía cuándo una conversación era un problema y cuándo era una oportunidad.

—Siéntate, Merritt.

Sloane se sentó.

—He recibido una llamada del Johns Hopkins esta mañana. Tienen una plaza de fellowship en Medicina Interna que empieza en julio. Te han propuesto para ella. —Hizo una pausa—. Es uno de los mejores fellowships del país. Baltimore, dos años, enfocado en enfermedades sistémicas raras.

Sloane no dijo nada durante tres segundos.

—¿Me han propuesto por el caso Adler?

—Por el caso Adler y por los últimos tres años. He hablado muy bien de ti, Merritt. Es una oportunidad real. —Abrió las manos —. Tienes tres semanas para decidir.

—Entiendo.

—¿Tienes alguna pregunta?

—Muchas. Pero necesito pensar primero.

Hartmann asintió.

—Eso es lo correcto. —Hizo una pausa—. Merritt, esto es exactamente lo que deberías querer. No lo dejes pasar por razones que no sean profesionales.

Sloane lo miró.

—¿Qué razones que no sean profesionales?

—Ninguna en concreto. Es solo un consejo general. —Abrió el ordenador—. Ya puedes irte.

✦ ✦ ✦

Se lo dijo a Cael esa misma noche, porque no podía no decírselo y porque posponerlo no cambiaría nada.

Estaban en la trastienda, después del cierre, y Sloane lo dijo directamente, sin rodeos: la oferta, el Hopkins, Baltimore, julio, dos años.

Cael la escuchó sin interrumpir.

Cuando ella terminó, hubo un silencio.

—¿Quieres hacerlo? —dijo él.

—No lo sé. —Y era verdad—. Es exactamente lo que habría querido hace un año. Hace seis meses. Incluso hace tres meses, quizás.

—¿Y ahora?

—Ahora hay más cosas en el tablero.

Cael se levantó del taburete y fue al fregadero y se quedó de espaldas a ella, con las manos apoyadas en el borde, mirando la pared de madera del fondo. Sloane lo conocía lo suficiente como para saber que eso no era distancia sino proceso.

—No puedo pedirte que no lo hagas —dijo él, sin volverse todavía—. No sería justo.

—No te estoy pidiendo que me pidas nada.

—Lo sé. —Se volvió—. Pero quiero que sepas que si lo haces no me voy a ir a ningún sitio. Baltimore está a cinco horas en avión. Eso no es el fin del mundo.

—Cael.

—Y si no lo haces porque hay algo aquí que vale más, eso también lo respeto. —Una pausa—. Pero no lo rechaces por mí, Sloane. No seas esa persona que rechaza el Hopkins por un florista de Capitol Hill.

—Tú no eres solo un florista de Capitol Hill.

—Ya lo sé. Pero la frase funciona.

Sloane lo miró con los ojos secos pero algo apretado en el pecho.

—¿Cómo estás tú con esto?

Una pausa larga.

—Asustado —dijo—. Honestamente. Asustado de que te vayas y de que Baltimore sea demasiado y de que dos años sean dos años. —Cruzó los brazos—. Pero también me asustaría más que te quedaras por razones equivocadas y que dentro de diez años te preguntaras qué habría pasado.

—¿Cómo sabes lo que me asustaría a mí?

—Llevas cuatro meses hablando conmigo casi todos los días. Te conozco bastante bien, Sloane Merritt.

Ella no dijo nada.

—Dame tiempo —dijo al final.

—Tienes tres semanas.

—Una semana. Lo voy a saber antes.

—De acuerdo.

Ninguno de los dos durmió especialmente bien esa noche.

Capítulo XVI

SLOANE

Sloane pasó la semana siguiente haciendo listas. Era lo que hacía cuando tenía que tomar decisiones importantes: listas en papel, con las dos columnas, pros y contras, aunque sabía perfectamente que las listas no toman las decisiones, que solo las clarifican.

La columna del Hopkins tenía: oportunidad excepcional, especialización en enfermedades raras que era exactamente su área, formación con algunos de los mejores internistas del país, prestige curriculum, publicaciones, puertas que se abrirían.

La columna de Seattle tenía: la ciudad que había elegido, el equipo que conocía, el señor Park y la señora Adler y todos los pacientes que llegaban sin diagnóstico, Darya, y Cael.

Miró la lista el jueves por la noche, sola en su apartamento con las flores secas en la jarra y la zamioculca al fondo, y la rompió.

Las listas no tomaban las decisiones.

✦ ✦ ✦

Fue a ver a Hartmann el viernes a primera hora.

—He pensado en la oferta del Hopkins —dijo, sentada frente a su escritorio.

—¿Y?

—Quiero saber si hay algo similar en el noroeste. Un fellowship en enfermedades sistémicas o inmunológicas, Seattle o Portland, que tenga el nivel suficiente.

Hartmann la miró un momento.

—¿Rechazas el Hopkins?

—No todavía. Pero antes quiero saber qué hay aquí.

—La UW tiene un fellowship en enfermedades raras que empieza en julio también. No es el Hopkins, pero es bueno. —Hizo una pausa—. ¿Qué está pasando, Merritt?

—Que Baltimore está a cinco horas en avión y Seattle es mi ciudad. —Lo dijo sin dramatismo—. No es una razón sentimental, doctor Hartmann. Es una razón de arraigo. Hay una diferencia.

—¿Arraigo.

—Raíces. —Pensó en Cael, en la trastienda, en las flores de invierno que son honestas—. Las raíces no son debilidad. Son lo que te permite crecer en algún sitio de verdad.

Hartmann la miró durante cuatro segundos.

—Llama a la UW esta tarde —dijo—. Y si el programa es lo que necesitas, acepta. Pero no lo hagas por razones que no puedas defender en voz alta.

—Las puedo defender —dijo Sloane—. Con todo detalle.

✦ ✦ ✦

Esa tarde fue a la tienda a las seis, cuando Waverly ya se había ido y Cael estaba cerrando. Entró sin llamar, que era algo que ya hacía desde hacía semanas, y lo encontró en el expositor del fondo organizando los últimos tulipanes que quedaban.

—He rechazado el Hopkins —dijo.

Cael se detuvo.

—Sloane.

—Espera. —Levantó la mano—. Lo he rechazado porque hay un fellowship en la UW que hace exactamente lo mismo, con un programa que Hartmann dice que es sólido, y porque Baltimore no es mi ciudad y Seattle sí. Y porque tengo pacientes aquí que necesitan que alguien no se rinda. —Hizo una pausa—. Y porque tú estás aquí. Las dos cosas son ciertas y las dos pesan. No una más que la otra.

Cael dejó los tulipanes en el cubo despacio.

—¿Lo has pensado bien?

—He hecho una lista y la he roto y he hablado con Hartmann y he llamado a la UW y me han mandado el programa por email y lo he leído dos veces. —Cruzó los brazos—. Sí. Lo he pensado bien.

Cael cruzó la tienda.

Cuando llegó a su altura se detuvo, a medio metro, y la miró con esa mirada suya que nunca tenía prisa pero siempre tenía intención.

—Si dentro de dos años te arrepientes de esto, me lo vas a decir.

—Si dentro de dos años me arrepiento de esto, te lo digo en el acto.

—¿Y si no te arrepientes?

—Entonces te digo eso también.

Él le puso las manos en la cara y la besó, despacio, con todo el peso de ese momento y de los meses anteriores y de lo que había por delante, y Sloane le puso las manos en el pecho y notó su corazón, que iba más rápido de lo que él habría querido que se notara, y eso le gustó, que la calma de Cael Wilder también tuviera sus grietas.

Cuando se separaron, ella tenía la frente apoyada en la suya.

—Oye —dijo Sloane.

—¿Qué.

—Te quiero.

Cael soltó el aire.

—Ya lo sé. —Le apartó el pelo de la frente—. Y yo a ti. Desde hace mucho.

—Desde la trastienda.

—Desde antes. Desde que cruzaste la calle en la lluvia para curarle la mano a un idiota que no sujetó bien el jarrón.

—El jarrón era enorme. Cualquiera se habría cortado.

—Claro. Pero no cualquiera se habría parado.

Sloane lo miró.

—Me alegra haberme parado.

—A mí también. —La abrazó, con los brazos rodeándola completa, y ella apoyó la cabeza en su pecho y escuchó su corazón volviendo a su ritmo normal—. A mí también, Sloane.

Afuera, la calle de Pike Street tenía esa luz de tarde de abril, la primera buena luz del año, que hacía que el asfalto mojado brillara y que los tulipanes del expositor parecieran de otro color, más vivos, más reales.

Adentro, nadie tenía ninguna prisa.

Epílogo

Dieciocho meses después

Octubre en Seattle era el mes en que las hojas del arce de Pike Street se ponían del color exacto de las rosas garden que llegaban ese mes de los campos de Oregon, ese rojo anaranjado que dura exactamente dos semanas antes de que el viento y la lluvia lo deshagan.

Sloane llegó a Wilder & Bloom a las cuatro y cuarto de la tarde, después de su turno, con la chaqueta del fellowship de la UW y la misma bufanda verde musgo del primer diciembre. Tenía mejor cara que hacía dieciocho meses, que era la cara de alguien que sigue trabajando duro pero que ha encontrado la manera de que el trabajo no lo consuma todo. Tenía también algo nuevo en la mirada, algo que Darya había llamado «presencia», que Sloane entendía como simplemente estar en el sitio donde quería estar.

La campanilla sonó sobre su cabeza.

—¡Ya sé que llegas! —gritó Cael desde la trastienda.

—¿Cómo sabes que soy yo?

—La campanilla suena diferente cuando entras tú. Más rápido, siempre tienes prisa.

—Eso es imposible. Las campanillas no distinguen personas.

—La mía sí. —Asomó la cabeza por la puerta de la trastienda —. Hay té en el termo. Coge una taza.

Sloane cogió una de las tazas de cerámica azul del mostrador y se sirvió el té, que era de jengibre y limón, y que Cael hacía en invierno desde que Sloane le había explicado que el jengibre ayudaba con el cansancio acumulado mejor que el café a partir de cierta hora.

Bebió el primer sorbo apoyada en el mostrador y miró la tienda.

Wilder & Bloom en octubre era un sitio de tonos cálidos: crisantemos bronce y amarillos en el expositor de entrada, ramas de arce con las hojas todavía rojas, bayas de pyracantha en naranja intenso, calabazas pequeñas decorativas en la repisa de la ventana. Cael había añadido ese año una sección de plantas de interior en el rincón del fondo, con calatheas y pothos y un par de monstera grandes que eran la atracción habitual de los sábados.

Waverly seguía ahí, ahora como encargada cuando Cael no estaba, que era los martes y los jueves que dedicaba a los encargos y las visitas de empresa. Había contratado también a un chico de la UW llamado Foster que venía los fines de semana y que resultó tener una facilidad innata para los ramos que ni Cael ni Waverly se explicaban del todo.

La tienda iba bien. Mejor que bien.

Sloane sabía esto porque Cael se lo contaba, porque compartían ese tipo de conversaciones desde hacía tiempo: las cuentas del mes, el caso de la cama nueve, el pedido de peonías que llegó perfecto, el paciente que por fin había dado con el diagnóstico correcto. Se lo contaban todo, no porque tuvieran que hacerlo sino porque habían llegado al punto en que la vida del otro era simplemente parte de la propia.

Cael salió de la trastienda con las manos limpias, ya sin el delantal.

—¿Cómo ha ido el día?

—Bien. La señora Adler ha pasado la revisión del semestre y todo sigue estable. —Sloane bebió el té—. Y el fellow nuevo que llegó en septiembre por fin ha dejado de pedirme que le revise los informes. Eso es progreso.

—Eso es muy tuyo, Sloane. Los progresos que mides en autonomía de los demás.

—La enseñanza médica funciona así.

—Lo sé. —Se acercó, le cogió la taza un momento para beber un sorbo, y se la devolvió—. He hablado con mi madre hoy.

—¿Cómo está?

—Bien. Quiere que vayamos a Portland en Navidad.

Sloane lo miró.

—¿Los dos?

—Los dos. —Cael la miró con esa tranquilidad suya—. Es la primera vez que te lo pide directamente. Hasta ahora te lo había mandado por mi boca.

—Lo sé. —Hizo una pausa—. Tengo guardia el veinticuatro.

—Lo sabe.

—¿Y aun así quiere que vayamos?

—Dice que el veinticinco también es Navidad.

Sloane sonrió despacio, el tipo de sonrisa que no pide permiso.

—Dile que sí —dijo.

—¿Seguro?

—Dile que sí, Cael.

Él sonrió también, y fue la sonrisa amplia, la de verdad, la que Sloane llevaba dieciocho meses coleccionando sin apología.

—De acuerdo.

✦ ✦ ✦

Cerraron la tienda juntos, que era algo que hacían cuando los horarios lo permitían: Cael apagaba las luces del fondo, Sloane bajaba el expositor de la entrada, Waverly ya no estaba porque salía a las cinco. Era un ritual pequeño, de esos que se construyen solos, sin acuerdo previo, a fuerza de hacerlo varias veces hasta que se vuelve natural.

Cuando la última luz quedó apagada y la puerta cerrada con llave, salieron juntos a Pike Street.

Las hojas del arce de enfrente seguían rojas bajo la farola. En el escaparate de Wilder & Bloom, los crisantemos bronce reflejaban la luz de la calle como pequeñas llamas.

—¿Qué quieres cenar? —preguntó Cael.

—Algo con calor y consistencia.

—Filosófico.

—Práctico. —Lo miró—. Tú cocinas. Yo pongo el vino.

—¿Tienes vino?

—Tengo el Syrah que compré el martes.

—¿El del Columbia Valley?

—El mismo.

Cael asintió con la seriedad de quien aprueba una elección importante.

—Bien —dijo.

Y subieron juntos por Pike Street, con el viento de octubre moviendo las hojas del arce y la ciudad haciendo el ruido de siempre, ese ruido de tranvía y conversaciones y lluvia que se acerca, y el apartamento encima de la tienda con sus luces de filamento esperando, y la estantería del baño con los dos estantes llenos.

Seattle en octubre era el mes de las hojas rojas y las flores honestas.

Era el mejor mes para saber que estabas exactamente donde querías estar.

FIN